

POR EL AUTOR GANADOR
DEL PREMIO NEBULA

GREGORY BENFORD



MAREAS DE LUZ

CICLO DEL CENTRO GALÁCTICO: 4

Los humanos de la familia Bishop huyen del enfrentamiento con los mecs en el planeta Nieveclara. Su peregrinaje galáctico a bordo del *Argo* les llevará al sistema de la Estrella de Abraham, donde encontrarán a nuevos mecs, a nuevos humanos y también a los ciborgs, poseedores de una impresionante tecnología de cuerdas cósmicas capaces de la más aventurada manipulación planetaria.

Con el fin de salvar a la familia Bishop, el humano Killeen y la escéptica filósofa ciborg Quath trabajarán en colaboración para descifrar el destino de sus especies ante el misterioso atractivo que encierra el denso y peligroso núcleo galáctico.

Benford, conocido científico y reputado escritor, es uno de los mejores autores de la moderna ciencia ficción. Su especulación entorno al devenir del ser humano en el ámbito galáctico toma aquí la forma de peligrosas aventuras, amenizadas por maravillas tecnológicas y por la incógnita del destino final de la especie humana en un ambiente hostil. Un libro de una imaginación desbordante.

«Brillantemente concebida, añade profundidad y textura a una de las más ambiciosas narraciones épicas de la moderna ciencia ficción».

DAN CHOW en *Locus*.

PRESENTACIÓN

A principios de la década de los noventa empiezan a consolidarse nuevas líneas y tendencias en la literatura de ciencia ficción. En una de esas líneas, tal vez en el corazón mismo de la temática más tradicional del género, descolla ya la figura de Gregory Benford como uno de los renovadores de la ciencia ficción clásica que ha sabido aunar el interés por la ciencia y un alto nivel literario.

Para todos (críticos, especialistas y lectores en general), *CRONOPAISAJE* (1980) es una indudable obra maestra muy difícil de superar. Tal vez por ello Benford ha abordado en los últimos años un ambicioso proyecto que adopta la forma de una serie de libros llamados a dejar una profunda huella en la historia del género. Se trata de una compleja especulación en torno a la evolución de la vida en la galaxia que incluye, como elemento determinante, la contraposición violenta entre las civilizaciones de origen orgánico y las civilizaciones de máquinas.

El proyecto se inició con la novela *EN EL OCÉANO DE LA NOCHE* (1978, NOVA ciencia ficción, número 7), en la que se nos presentaba el primer contacto de la Humanidad con los frutos tecnológicos de una inteligencia extraña. Junto al misterio venido del espacio, Benford reflexionaba en esa novela sobre el cambio de las condiciones sociales y ambientales en el futuro inmediato de nuestro planeta.

La serie se prolongó con la novela *A TRAVÉS DEL MAR DE SOLES* (1984, NOVA ciencia ficción, número 10), segundo volumen de una trilogía todavía inacabada y que se unifica por el protagonismo central de un mismo personaje: Walmsley. Se trata aquí, fundamentalmente, de la especulación acerca de la vida en el espacio profundo, con especial interés por la dificultad de la comunicación entre especies diferentes.

A la espera del tercer volumen de esta primera trilogía, *GRAN RÍO DEL ESPACIO* (1987, NOVA ciencia ficción, número 20) se incorpora, desde otro enfoque, a la visión de la evolución galáctica que Benford está describiendo. Se trata esta vez de la historia de un grupo de humanos que tienen que vivir bajo la amenaza y la presencia constante de los miembros de una de esas civilizaciones de máquinas. En *GRAN RÍO DEL ESPACIO* se abandona el posible experimentalismo literario de *A TRAVÉS DEL MAR DE SOLES* y Benford vuelve a la amena narración dominada por un hábito aventurero, pero sin dejar de salpicarla con interesantes reflexiones acerca de la Humanidad y de su destino galáctico. Esta nueva trilogía, protagonizada por Killeen, se prolonga con *MAREAS DE LUZ*, que hoy presentamos. No obstante, como ocurre con todos los libros ya citados, cada novela es prácticamente independiente de la anterior y puede ser leída aisladamente.

En carta personal reciente, Benford me comentaba su visión de las líneas generales del ambicioso proyecto que persigue:

Intento escribir una serie que verdaderamente se enfrente a la idea de que no somos los señores de la creación y que puede existir una inteligencia superior que no se preocupe mucho de nosotros. Deseo explorar la naturaleza de la inteligencia artificial y cómo puede diferir de nosotros. Además, en las novelas de Killeen (*GRAN RÍO DEL ESPACIO* y las que le siguen), deseaba narrar la historia de un grupo de seres que habitan en un entorno que se parece al del mundo antiguo: poblado por figuras parecidas a dioses (Dioses, en el caso de la antigua Grecia), que se preocupan muy poco de los humanos. Las historias de Killeen y de Walmsley se conectarán más tarde, y así la serie cobrará unidad en temática y personajes. Mi objetivo es también ampliar continuamente el paisaje conceptual de las novelas y proporcionar una vasta visión de la vida y la evolución en la galaxia así como de las perspectivas a largo plazo de to-

do tipo de vida, con inclusión de la inteligencia artificial. Al mismo tiempo, la historia de los personajes humanos debe tener sentido. Por ello me ha llevado tanto tiempo escribir estos libros, ya que las ideas son difíciles de tratar y he tenido que aprender tantas cosas para escribirlos respetando el nivel de fidelidad a los hechos que a mí me gusta.

Con toda seguridad, este breve párrafo es uno de los mejores resúmenes de la finalidad perseguida por la serie que estamos ofreciendo a nuestros lectores en esta colección. La obra, en su conjunto, se configura como un trabajo maduro, inteligente y fruto de una profunda reflexión. La especulación de tipo científico y tecnológico de que hace gala Benford se complementa con interesantes visiones sobre la organización social en ambientes y entornos diversos: el próximo futuro de nuestro mundo (*EN EL OCÉANO DE LA NOCHE*), la sociedad cerrada de una nave que viaja por el espacio profundo (*A TRAVÉS DEL MAR DE SOLES*), el precario reducto de una humanidad perseguida (*GRAN RÍO DEL ESPACIO*), etc. Se trata de una obra fundamental dirigida a la inteligencia y la sensibilidad del lector que acredita la madurez del género, y así lo ha reconocido la crítica más exigente. Dan Chow, en el famoso e influyente fanzine *LOCUS* se refiere a *MAREAS DE LUZ* con las siguientes palabras:

De nuevo Benford ha creado una narración de aventuras con buen ritmo que es, también, una exposición de grandes ideas. Desde Stapledon, ninguna imaginación había alcanzado un ámbito tan amplio. [...] Pese a la presencia de las cuerdas cósmicas, etc., y de las credenciales académicas de Benford, MAREAS DE LUZ y sus compañeras no son en absoluto novelas de superciencia. Antes bien se trata, como ya se ha dicho, de impresionantes meditaciones, algunas de las más significativas de la literatura contemporánea, enriquecidas con el mismo tipo de implicaciones que Stephen Hawking desea ver derivar de su trabajo.

En *GRAN RÍO DEL ESPACIO*, Benford narra las peripecias de una familia de humanos, los Bishop, enfrentados a los mecs en el planeta Nieveclara. En su continua huida efectúan un terrible descubrimiento: existen nuevos tipos de mec, los Mantis, capaces de infligir la «muerte total» a los humanos. Este tipo de muerte absoluta impide la recuperación de las experiencias de los fallecidos y su conservación como Aspectos o Rostros almacenables en forma de chips en el complejo organismo cibernético en que se han convertido los seres humanos. *GRAN RÍO DEL ESPACIO* finalizaba con la sorprendente oferta del Mantis para que los humanos de la familia Bishop, dirigidos por Killeen, pudieran escapar de Nieveclara en la nave espacial *Argo*.

Así empieza *MAREAS DE LUZ*, con el éxodo de los humanos hacia un destino ignoto, posiblemente previsto y deseado por el Mantis, quien también es su peor enemigo. El peregrinaje galáctico a bordo del *Argo*, llevará a la familia Bishop al sistema de la Estrella de Abraham, donde encontrarán a nuevos mecs, a nuevos humanos y también a los ciborgs, poseedores de una impresionante tecnología de cuerdas cósmicas capaces de la más aventurada manipulación planetaria. Fruto a la vez de la manipulación genética y cibernética, las *podia* son un nuevo elemento en la intriga galáctica de amplias proporciones en que nos sitúa Benford.

Con el fin de salvar a la familia Bishop, el humano Killeen y Quath, la escéptica filósofa ciborg, deberán trabajar en colaboración para descifrar el destino de sus especies a escala galáctica ante el misterioso atractivo que encierra el denso y peligroso núcleo galáctico.

Grandes ideas, amenas aventuras, entrañables personajes y brillantez literaria constituyen los mayores atractivos de una de las más ambiciosas series de la moderna ciencia ficción. Tras la lectura de estas novelas no sorprende en absoluto que la obra de Benford reciba todo tipo de para-

bienes y alabanzas, incluso de personajes como Marvin Minsky, destacado lector de ciencia ficción que es, asimismo, una autoridad mundial en el difícil y prometedor campo de la inteligencia artificial. Estoy seguro de que, tras leer *MAREAS DE LUZ*, estarán de acuerdo con él, conmigo y con tantos otros sobre el hecho de que Benford es uno de los más sugerentes e interesantes escritores de la ciencia ficción.

Miquel Barceló

Esta novela es para dos soñadores que, sin embargo, saben hacer muy bien sus cuentas:
Charles N. Brown
y
Marvin Minsky.

PRIMERA PARTE

LA ESTRELLA DE ABRAHAM

1

Al capitán le gustaba caminar por el casco de la nave. Era el único lugar donde podía disfrutar de auténtica soledad. Dentro del *Argo* estaba el roce del movimiento, el crujido de la humanidad que había permanecido durante dos años en el espacio reducido aunque bastante agradable de una nave espacial.

Y peor aún, en el interior siempre podían interrumpirlo. La Familia estaba aprendiendo a dejarlo en paz por las mañanas, debía admitirlo. Había difundido con sumo cuidado un rumor acerca de su mal humor matinal, y la argucia empezaba a dar resultados. Aunque de vez en cuando todavía se le aparecía de pronto algún niño con una pregunta, últimamente siempre había un adulto cerca para llevarse al insolente a rastras.

A Killeen le disgustaban las mentiras (no estaba más irritable cuando se levantaba que en cualquier otro momento del día), pero era la única forma de conseguir un poco de intimidad. Así que nadie lo llamaba para molestarlo con cuestiones de la nave cuando estaba fuera. Por supuesto, ningún oficial se atrevía a cruzar la esclusa y salir a buscarlo.

Además, ahora había una razón mucho más poderosa para no salir. Caminar por el casco implicaba convertirse en un buen blanco para los ojos que vigilaban arriba.

Aquí fuera. Killeen había estado pensando con tanta concentración en sus problemas, como le solía pasar siempre, que se había olvidado por completo de admirar la vista o de localizar a la escolta enemiga.

Su primera impresión, cuando levantó la cabeza para ver toda la extensión de luz a su alrededor, fue la de un cielo ardiente, rodeado de nubes. Sabía que era una ilusión, que ese no era el cielo planetario y que el casco brillante del *Argo* no era un horizonte.

Pero la mente humana seguía siempre los esquemas adquiridos en millones de años. Esas manchas brillantes azules y rosadas, marfileñas y de un naranja acaramelado no eran nubes en el sentido normal del término. Su fosforescencia provenía de los soles que habían engullido. No eran vapor de agua, sino enjambres multicolores de átomos en movimiento. Emitían luz porque las estrellas que cubrían enviaban estímulos intolerables.

Los cielos de Nieveclara nunca habían crujido con la energía atrapada que brillaba, intermitente, entre esas nubes. Killeen vio un destello de luz azul caliente cerca de una gran burbuja anaranjada. Las temblorosas curvas de la burbuja se hinchaban como salchichas rotas, reventadas. De pronto se enroscaron, se cuajaron en bordes titilantes que avanzaban con la lentitud de las serpientes y después toda la burbuja estalló en fragmentos lívidos, tortuosos.

¿Sería ese el clima de la estrella? Nieveclara había tenido un clima que podía volverse bruscamente agresivo, y Killeen suponía que en la escala inimaginable de las estrellas sucedía lo mismo. Como no entendía la forma en que los planetas forman el clima ni las complejas leyes de las mareas y las corrientes, el aire y el agua, no le resultaba difícil suponer que había un sombrío misterio similar en las vidas furiosas de las estrellas.

La furia hería el cielo. Detrás de ellos giraba el disco carmesí del Comilón, una gran boca devoradora. Engullía soles enteros y eructaba gases calientes. En la huida de *Argo* desde Nieveclara, que navegaba cerca del Comilón, habían luchado contra el polvo ardiente que alimentaba al monstruo. Su gran disco era como azúcar quemado en el borde y se enrojecía cada vez más hacia el centro. Todavía más

hacia el interior había un amarillo encendido y circular, y en el medio, una ferocidad viva, de un azul blanquecino, una bola de fuego permanente.

Al mirar hacia fuera, Killeen veía en gran escala la estructura que sus Aspectos le habían anunciado. Toda la galaxia se alzaba amenazante, como un fantasma plateado más allá de las tierras polvorientas y oscuras. La galaxia también era un disco. Pero infinitamente mayor. Killeen había visto antiguas pinturas de las regiones más allá del Centro, un lago de estrellas. Pero ese lago no tenía ondas ni movimientos. Allí, las mareas de luz barrían el cielo como si algún dios hubiera decidido que el Centro sería su última obra de arte luminosa. La estrella a la que se dirigían giraba a lo lejos, un puntito diminuto en medio de la tormenta. Todas las esperanzas de la Familia se centraban en ella.

Y flotando en ese hervidero, el enemigo.

Killeen escudriñó atentamente el panorama pero no lo descubrió. El *Argo* se acercaba al borde de una nube de polvo negro. El lejano vehículo mec probablemente estaba en el interior de esa oscuridad que lo ocultaba todo. La Estrella de Abraham luchaba por liberarse de aquella inmensa mortaja. Muy pronto, el *Argo* podría espiar a través de los bordes deshechos de la nube para buscar los planetas.

Algo se movió en la mente de Killeen, pero él descartó la idea, fascinado por el espectáculo que se desarrollaba a su alrededor. Los cielos se movían con escamas de luz bailarina, como bestias luminosas que se ahogaran en mares renegridos.

¿Qué posibilidades había de que al descubrirlo ahí, fuera, el vehículo mec quisiera dispararle?, se preguntó. Nadie lo sabía, y esa, en la paradójica lógica del liderazgo, era la razón por la cual debía quedarse.

Había instaurado el ritual de caminar por el casco hacía un año, a instancias de uno de sus Aspectos principales, una personalidad muy anciana llamada Ling. Reverenciado y respetado, la Familia había entregado el Aspecto a Ki-

lleen con una gran ceremonia en el salón central del *Argo*. Ling era el último de los capitanes espaciales en el inventario de chips de la Familia. La micromente había comandado un antepasado del *Argo* y tenía cosas muy interesantes que decir, aunque muchas veces sus palabras resultaban ininteligibles.

Sí, y mi consejo está dando resultado.

Había pensado en Ling, así que la voz firme y autoritaria del Aspecto empezó a sonar en su mente. Killeen dejó escapar un gesto de escepticismo y el Aspecto lo percibió.

Esta caminata sirve al segundo propósito de mostrar tu calma personal y tu tranquilidad frente al enemigo.

Killeen no respondió. Ling sólo sentiría sus dudas como el roce de una llovizna después de una tormenta. Siguió caminando. Se aseguraba de que sus botas magnéticas se aferraran bien al casco antes de levantar un pie. Aunque se soltara, había muchas posibilidades de que su trayectoria lo llevara directo a una antena o un mástil de los de más abajo. Eso lo salvaría de la vergüenza que había sufrido con bastante frecuencia desde que empezara con este ritual. Cinco veces había tenido que arrastrarse hasta la nave sirviéndose de un cable de punta magnética. Sin duda la tripulación lo había visto y se había reído bastante.

Ahora se cuidaba mucho de no tener el cable muy cerca de la mano en el cinturón. Se la guardaba en un bolsillo del pantalón. Para los que lo observaran desde los grandes paneles de la sección agrícola, el capitán aparecería como una figura confiada que saltaba sobre las grandes curvas del *Argo* sin un cable de seguridad visible. Una reputación

de confianza en sus propias habilidades podía servirle de mucho en los tiempos difíciles que se avecinaban.

Killeen se volvió para mirar el disco amarillento de la Estrella de Abraham. Desde hacía meses sabía que ese era el destino de su largo viaje: una estrella semejante a la de Nieveclara. Shibo le había dicho que había planetas orbitando a su alrededor.

Killeen todavía no tenía ni idea de la clase de planeta que podía encontrar ni de si le brindaría un refugio para su Familia, pero el programa automático del *Argo* los había conducido allí siguiendo un conocimiento mucho más antiguo que el de sus antepasados. Tal vez la nave sabía lo que hacía.

De todos modos, el largo descanso de la Familia estaba a punto de terminar. Se avecinaban tiempos difíciles. Killeen debía asegurarse de que su gente estaría preparada.

De pronto descubrió que estaba saltando con más fuerza, casi sin tocar el casco. Sus pensamientos lo impulsaban hacia delante y ni siquiera pensaba en el ruido de su respiración jadeante dentro del casco. El olor acre de su propio sudor le subía en vaharadas hasta la cara, pero siguió adelante. El ejercicio resultaba agradable, sí, y le hacía olvidar la amenaza invisible que acechaba la mente antes del inicio de su jornada oficial.

Su mayor preocupación era la disciplina. Con la ayuda de Ling había enseñado e instruido a todos, tratando de descifrar los antiguos rompecabezas del *Argo* y de ayudar a sus oficiales a convertirse en navegantes espaciales expertos.

Esa era su misión, un rol bastante ambiguo: capitán de una tripulación que era también su Familia, una circunstancia que no se había dado en el recuerdo de ninguno de los supervivientes. Sólo contaba con la ayuda lacónica de sus Aspectos o de los Rostros menores, voces antiguas de tiempos caracterizados por mucha más disciplina y mayor poder. Ahora, la humanidad era un vestigio harapiento que

huía para salvar la vida por los márgenes de la vasta civilización mecánica que dominaba el Centro Galáctico. Eran ratas que se escurrían por las paredes.

Manejar una nave espacial era una tarea muy distinta de las maniobras a través de las llanuras reseca y desnudas de Nieveclara. Los esquemas que la Familia había seguido durante años se basaban nominalmente en la jerarquía de la tripulación de una nave, pero estos años habían demostrado que el abismo entre los dos universos era enorme. Killeen no tenía ni idea de cómo se comportaría la tripulación cuando tuviera que reaccionar con fortaleza y precisión instantáneas en un momento de crisis.

Tampoco sabía lo que tendría que hacer. Los mundos sombríos que orbitaban la Estrella de Abraham podían contener peligros infinitos u ofrecerles un paraíso tranquilo. La Familia estaba allí guiada por una inteligencia mecánica de motivos desconocidos; el Mantis los había enviado a uno de los pocos planetas que los seres humanos podían habitar en el Centro Galáctico. O tal vez se dirigían a un lugar que cumplía solamente las expectativas de la civilización mec.

Killeen se mordió el labio, concentrado, mientras saltaba a lo largo de la popa del *Argo* y se volvía para regresar hacia el cuerpo principal de la nave. Jadeaba un poco, y como siempre, deseaba poder secarse el sudor de la frente.

Había jugado con el destino de la Familia con la esperanza de que allá adelante les esperaba un mundo mejor que la vencida y cansada Nieveclara. Pronto podría ver los dados y sabría si había ganado o no.

Respiró hondo para recobrar el aliento mientras caminaba sobre las redondas zonas de vida, grandes burbujas que surgían de las líneas esbeltas del *Argo* como cuerpos inmensos y quebrados de enormes parásitos. Allí dentro, las paredes opalescentes estaban cubiertas de gotas de rocío, brillantes como joyas que colgaban apenas a un dedo del